

Quico y Tula



Se van de casa

Dipòsito legal: B.18927-2014

Quedan prohibidos el uso y la reproducción para otros fines ajenos a la intervención dentro del CMAU-VM.

© Ajuntament de Barcelona.

© Del texto: equipo de profesionales del servicio de acogida.

© De las ilustraciones: educador social del equipo de profesionales del servicio de acogida.



Quico y Tula

Se van de casa



Esta es la historia de un niño y una niña que han vivido en una casa de acogida y nos cuentan su experiencia. Se llaman Quico y Tula, y vienen de lugares muy diferentes.





Un día, Quico y Tula, acompañados de sus madres, salieron de casa con las maletas y llegaron a la casa de acogida. En su casa tenían problemas y necesitaban un sitio donde poder estar más tranquilos.



Cuando llegó a la casa de acogida, Quico estaba muy nervioso, las tripas le hacían runrún y no sabía muy bien qué le pasaba.

- Me siento raro, no tengo ganas de hablar con nadie y solo quiero dormir. ¿Me separarán de mi madre? Me da miedo no volver a verla. No conozco a nadie y me da vergüenza encontrarme con personas desconocidas.

Pero fueron pasando los días y empezó a hacer amigos y amigas entre los niños y las niñas que también vivían allí. Poco a poco fue confiando en las personas que trabajaban en la casa de acogida y consiguió que el runrún de las tripas desapareciera.





Tula, en cambio, estaba muy atolondrada.

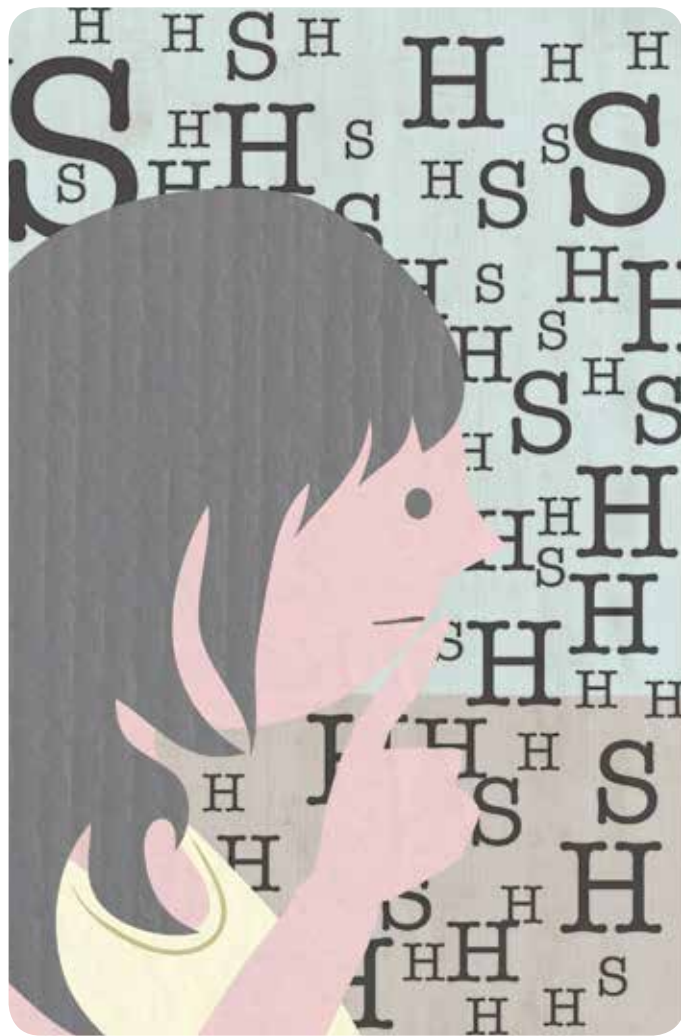
- ¡Qué ilusión me hace ver el nuevo sitio donde viviré! Conoceré gente diferente y haré nuevos amigos y amigas. ¡Qué contenta estoy!

Nada más llegar echó a correr para conocer a los niños y las niñas de la casa y ver los juguetes con los que podría jugar a partir de entonces.

Enseguida les explicaron el funcionamiento de la casa, y eso hizo que se sintieran más tranquilos. En voz bajita les pedían que guardaran un secreto muy importante:

- No le contéis a nadie que vivís en esta casa. Está en un lugar secreto que nadie puede conocer.

A medida que pasaban los días fueron viendo que todas las personas que trabajaban en la casa siempre los ayudaban en todo lo que necesitaban. Y también encontraron apoyo en las otras madres y en los niños y niñas con los que convivían.





En la casa de acogida no solo vivían Quico y Tula. Era una casa grande en la que se alojaban más familias y cada una tenía su habitación, con literas muy grandes y un baño dentro en el que se sentían muy a gusto, se duchaban



y se lavaban los dientes todos los días sin muchas colas. Los dos niños montaban sus historias de barcos y pesca de peces. Eso sí, lo dejaban todo bien limpio para la próxima aventura acuática. Cada habitación tenía su llave, y las *mamis* la llevaban siempre encima,



ya que si la perdían no podrían entrar en el cuarto. Además de las habitaciones, en la casa había muchos otros espacios que todos compartían y también se tenían que cuidar.



Uno de esos espacios era el comedor que, como el de la escuela, tenía sus horarios. La diferencia era que aquí no había monitores ni monitoras. Quico y Tula siempre decían:

- No sabéis como nos gusta desayunar, comer y cenar aquí. ¡Y la suerte que tenemos de hacerlo con nuestras madres y con otras familias!



Durante su estancia en la casa los niños y niñas no podían ir a la escuela, y por eso, para pasárselo bien y seguir aprendiendo, iban al espacio de aula por la mañana de lunes a viernes. A Quico y Tula les gustaba mucho:

- Es como un *cole* pero en pequeño. Estudiamos, pintamos, aprendemos canciones y jugamos con los demás niños y niñas de la casa.



También había un gran televisor en el que veían dibujos, pero también otros programas que les gustaban a las demás personas de la casa.

Otro espacio que Quico y Tula descubrieron fue la terraza, donde estaban la zona de juegos y el huerto. Estaba arriba de todo de la casa y a veces podían subir en el ascensor, pero a menudo tocaba hacer ejercicio y tenían que ir a pie. A Tula era el sitio que más le gustaba:

- Quico, ¿te has dado cuenta? Está lleno de plantas y mira, viven toda clase de insectos: hormigas, arañas, ciempiés. Parece que las plantas sean sus casas y nosotros los podemos cuidar para que puedan vivir tranquilos, como nosotros abajo.





Al final de la terraza estaba el huerto, que por las tardes se encargaban de regar y cuidar con mucho esmero. Allí plantaban lechugas, calabacines, tomates...

- ¡Que divertido es trabajar en el huerto y ver como crecen y como salen todos los frutos, y después *ñam-ñam*: nos los podemos comer!



Durante el fin de semana también hacían muchas actividades, y no solo con el grupo de niños y niñas. Había ratos para jugar y leer cuentos con sus madres y hacerse mimitos en las sesiones de relajación y masajes.

Con tanta actividad diaria acababan muy cansados al final del día.



Después de cenar, un rato tranquilo en el comedor. Entonces podían subir con sus *mamis* a la habitación para descansar y cargar las pilas para el día siguiente.



Desde entonces, cada vez que llega un niño o una niña nuevos les explican cómo se sintieron cuando llegaron. Si te sientes igual que Quico, nervioso y sin ganas de hablar, o como Tula, acelerada y con ganas de correr,

- No te preocupes, a nosotros también nos pasó.



Como puedes ver, la vida en la casa de acogida es muy intensa.

¡Es como estar viviendo con una gran familia!

A partir de ahora ya sabes que la casa de Quico y Tula también es la tuya, y que tienes que cuidarla.

Recuerda que para cualquier cosa que necesites o si quieres hablar con alguien, tienes a un montón de personas para poderlo hacer.

¡Quico y Tula te desean mucha suerte!

Y recordarte que todo el mundo te quiere y eres

¡BIENVENIDO! / ¡BIENVENIDA!





Ajuntament de
Barcelona

